

Las crisis financieras internacionales (1929-2008)

Historia y memoria contemporáneas¹

Montserrat Huguet

Universidad Carlos III de Madrid



Portada del *New York Daily*, 1929. Archivo del Museum of American Finance. New York. (Autor de la fotografía, Montserrat Huguet)

¹ (Pre print) Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto I+D *La reforma de las instituciones económicas internacionales*. DER 2010-20414-02-01. Título del libro: *Los procesos de integración regional frente a la crisis financiera internacional*. En proceso de publicación (2012).

Sumario

En los últimos años los analistas han sugerido insistentemente que la crisis financiera de 2008 es la peor habida desde la Gran Depresión, en el siglo XX. Y no deja de ser cierto que comparte con la de 1929 la condición de hito en la historia de las finanzas contemporáneas. La pregunta que se hace la historia hoy es si merece la pena seguir estudiando las crisis económicas y financieras en la tradición de la historia de la economía y del capitalismo, esto es como simples eslabones –todos ellos similares- de una cadena iniciada con la modernidad, o bien conviene ir mirando el último colapso financiero como una manifestación de cambio más complejo -multifactorial- que, además de convenir a la economía y las finanzas, se ha producido en las estructuras sociales, en las tecnologías y, en general, en los modos de organización de la vida contemporánea.

En las páginas que siguen se abordan en primer término la relación entre el mundo contemporáneo y la creación de la riqueza, dentro de lo que los historiadores han denominado Capitalismo ordenado; en segundo lugar, se trata la irrupción del desorden en el sistema, tanto en las llamadas crisis estructurales como en las cíclicas. La referencia a otras crisis durante el siglo XX es obligada, en especial la Gran Depresión que siguió a la crisis de 1929, las Crisis del Petróleo en los setenta, y las más cercanas, en los años noventa. Para el estudio de todos estos temas se hace uso de una bibliografía extensa cuya finalidad, en las notas a pie de página, es proporcionar al lector suficiente material actualizado para abundar en los aspectos sugeridos en el texto.

Abstract

In the last years analysts have suggested that the financial crisis of 2008 is the worst from the Great Depression, in the 20th century. And it does not stop being true that this crisis shares with that of 1929 the condition of milestone in the history of the contemporary finance. The question that history does to itself today is if it is worth continuing studying the economic and financial crises in the tradition of the history of the economy and of the capitalism, this is like simple chain links - all of them similar – that had begun with the modernity, or if it suits to be looking at the last financial collapse as a manifestation of a more complex change that, just being convenient to the

economy and the finance, has taken place in the social structures, the technologies and in the manners of organization of the contemporary life.

In the pages that continue, first of all there is an approach between the contemporary world and the creation of the wealth, about what historians have named a tidy Capitalism; secondly, the paper treats about the disorder in the system, this one into the so called structural crises and in the cyclical ones. It is obligated the reference to other crises during the 20th century, especially the Great Depression that continued to the crisis of 1929, the Crises of the Oil in the seventies, and those the most nearby, in the nineties. For the study of these topics it is used an extensive bibliography which purpose, in the notes afoot of page, is to provide reader the enough material updated to abound in the aspects that has been suggested in the text.

Introducción

En los últimos años los analistas han sugerido insistentemente que la crisis financiera de 2008 –la primera de este siglo²– es la peor habida desde la Gran Depresión, en el siglo XX. Y no deja de ser cierto el que los potentes sistemas bancarios occidentales estuvieran a punto de hacer agua en un año que, siendo aún reciente, comparte ya con 1929 la condición de hito en la historia de las finanzas. Las alertas, como en otras ocasiones, se habían dado años antes de 2008. Los faros en relación a los que se hacían las llamadas de atención eran: el déficit de los presupuestos en las administraciones públicas y en la balanza comercial de los países occidentales, si bien lo más brillante era el exceso de algunas prácticas financieras. Quien hubiera de tomar en consideración las mencionadas alertas –véanse los poderes públicos y los agentes reguladores de la economía y de las finanzas– hicieron oídos sordos, lo cual, vista la historia del capitalismo en su ya largo recorrido contemporáneo tampoco debería sorprender³. La confianza de los agentes y de las autoridades, así como la fe en que,

² DE LA DEHESA, G.: *La primera gran crisis financiera del siglo XXI. Orígenes, Detonantes y Remedios*, Madrid, Editorial Alianza, 2009.

³ COMÍN, M. y LLOPIS, E.: *Historia económica mundial, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2010.

ante sus propias exageraciones el sistema tiende a corregirse con naturalidad, puso la actuación pública al ralentí, dando la consecuente sorpresa en 2008.

La pregunta que se hace la historia hoy es si merece la pena seguir estudiando las crisis económicas y financieras en la tradición de la historia de la economía y del capitalismo, esto es como eslabones –todos ellos similares- de una cadena iniciada con la modernidad, o bien conviene ir mirando el último colapso financiero como una manifestación de cambio más complejo -multifactorial- que, además de convenir a la economía y las finanzas, se han producido en las estructuras sociales, líneas de pensamiento, en las tecnologías y, en general, en los modos de organización de la vida contemporánea.

La tradición histórica se hace al renovar sucesivamente el discurso en torno al último colapso –del orden que este sea-, y procurar hacerlo abriendo la conversación entre los nuevos elementos y los que ya se identificaron en los síncope anteriores. De este esfuerzo cabría obtener quizá una cierta resignación, al confiar, por obra de la observación del pasado, en que nada de lo que hagamos para minimizar los daños lograría eliminar las piezas dañadas del sistema, ya que todas ellas son imprescindibles. Conviene, no obstante, no dar por buena tan fácilmente esta conclusión, instalada en la corrección *oficial*, ya que los casos de países como Suecia o Islandia son contraejemplos históricos recientes merecedores del conveniente análisis. De todos modos y en tanto un fragmento del conjunto, las finanzas -pese a su engolamiento actual y aunque pudiera parecer que obran con vida propia- son poco más que un estandarte vistoso en señoríos consolidados y antiguos: los económicos. En ellos es donde se han producido durante las últimas décadas cambios singulares que la historia analiza y procura *modelizar*, en la esperanza de que una imagen simplificada del presente sirva de referencia en el futuro.

Todavía asombrados por el vuelco que ha sufrido la boyante historia occidental al hilo de la última crisis financiera –y económica-, asistimos a un notable esfuerzo editorial y en los media por construir discursos referidos a la historia racional de este colapso financiero, que hace hincapié en la identidad de las corporaciones y en los episodios más meritorios para concurrir a la categoría de máximo responsable de la quiebra del bienestar. Esta manera de enfocar el asunto no deja de ser asombrosa en sociedades supuestamente más instruidas que las de nuestros abuelos, en tanto refleja

una manera simplista y poco atinada a la hora de establecer la relación causa-efecto. La densidad del fenómeno llamado *colapso financiero* expulsa de sí la atención del público –o la mirada de los analistas si se prefiere–, que optan por fijarla en los agentes particulares: banqueros codiciosos y empresas fraudulentas que actuarían bien o mal, al modo de los personajes de un culebrón televisivo, en función de sus propios intereses y sin atender a la responsabilidad que de ellos se espera.

Por otra parte, la naturalidad con que los analistas utilizan el término *recesión* (un nivel menor en la producción de nueva riqueza) no deja de sorprender a la historia. Y no solo la soltura imprecisa en el uso del término, sino también por la inmediatez con que con él se sugiere destrucción de lo ya existen. Se sostiene con llaneza ni matices que la siguiente generación ha de vivir forzosamente constreñida por un crecimiento menguante que sus padres no conocieron, incluso bajo la tendencia de una riqueza mermada. Asistimos pues a la reversión del discurso contemporáneo del progreso que caracterizara la fe en el crecimiento ilimitado. Todo ello a cuenta de la crisis financiera: un colapso fraguado por la codicia de unos pocos y el engaño *vesánico* del capital sobre los ingenuos ciudadanos, honestos pero incautos que, al sonido del cuerno de la abundancia, se han dejado engatusar por promesas de bonanza merecida en forma de crédito bancario inagotable. Para los ciudadanos que no se han sumado aún al mantra de la resignación (ya se sabe que la asunción de la culpa reconforta), queda la opción de *indignarse*, vía ruidosa y callejera, pero igualmente inofensiva y que a fin y al cabo sale tan a cuenta al Capital como la actitud flemática de las instituciones y los gobiernos.

En términos morales esta crisis se ha distinguido de las anteriores precisamente por el intenso debate suscitado en torno a los culpables y los depositarios de dichas acciones culpables. Se ha tratado de una discusión ampliada en las redes. Internet multiplica los ecos y los difunde. Así, la voz de cualquiera de los afectados por la crisis –desempleados o arruinados, incluso quienes de momento vislumbran serlo en un futuro– se hace pública en las pantallas de los ordenadores, de las tabletas digitales o de los teléfonos móviles. Estas voces expresan la irritación, el desasosiego, o sencillamente el ansia común de opinar a propósito de las causas de la recesión, del injusto reparto de sus males. En términos globales, este rasgo es nuevo en la historia de las crisis económicas y financieras.

A este debate se une la reflexión, minoritaria e incluso elitista, en torno a la evidencia de que en las últimas décadas se ha producido una inversión anómala de los términos del sistema. Me refiero a la puesta de la economía al servicio de las finanzas, trastocándose el orden *natural* del Capitalismo. En la escuela los niños aprenden que los sujetos sociales son sujetos económicos que desde el origen de los tiempos atienden un conjunto de actividades productivas. Qué sean pues las actividades financieras, desubicadas de la tierra y alejadas de las manos, es algo confuso para la infancia. Pero tampoco es fácil de entender para los adultos que algo tan singular como la actividad financiera haya podido truncar el devenir lógico de las economías en sus diversas dimensiones territoriales y sectoriales, al tomarles la delantera y desbocarse. El fracaso de esta inversión de fuerzas salta a la vista, y por ello mismo se escucha la voz que al unísono sostiene que para volver a un orden estable y próspero ha de ser la economía la que recupere las riendas del negocio. Los países que durante el espejismo de la tercera revolución industrial dejaron morir parte sustancial de su tejido productivo, en aras del incremento de sus finanzas con vistas a concentrar riqueza por la vía rápida, se llevan las manos a la cabeza.

Así está sucediendo que la mirada sobre la globalización –en su expresión financiera y desterritorializada- se ha vuelto harto suspicaz. En aquel proceso revolucionario que arrancó a comienzos de la década de los noventa y que parecía tener la solución a los desequilibrios espaciales del sistema, se despreciaron los elementos clásicos del Capital, la fuerza del trabajo y el control sobre el producto. La inversión racional y el consumo equilibrado, el fortalecimiento de las estructuras económicas regionales en las viejas potencias industriales y en los BRICS, el esfuerzo por hacer menguar las deudas contraídas en épocas de expansión sin límite, son nociones recuperadas en perspectiva histórica. Hoy cada moneda cuenta, y ello pese a que, hace nada de tiempo, las economías despreciaban la sonora calderilla en favor del dinero de plástico, incluso del que solo era una promesa.

Riqueza y capitalismo ordenado en los tránsitos entre siglos

La riqueza es –cuantificaciones al margen- inespecífica: capital, abundancia, bienestar e incluso dispendio. El crecimiento preocupa no obstante en relación al patrón de vida del individuo en sociedad, y de las sociedades del presente con respecto a las de

tiempos pasados⁴. Por eso, y si es cierto que los niveles de vida occidental de la última década son los más elevados nunca alcanzados, se convierten en la principal referencia de la recuperación. Así, el propósito de recobrar la economía es difícil desde tales medidas. En la base de este razonamiento reside la quimera contemporánea: el progreso material indefinido, en todos los ámbitos y para todas las personas. En la acumulación de riqueza reciente de los países industrializados podría haberse depositado la esperanza del cumplimiento de la utopía. En ella y, ya en nuestra época, en la afamada globalización. En este sentido, la historia muestra que el crecimiento económico contemporánea ha tenido parones, crisis muy graves durante las cuales se ha frenado el producto interior de los estados cayendo a continuación. La primera de estas grandes quiebras del crecimiento se dio entre 1881 y 1896, la segunda, más conocida y referenciada, entre 1929 y 1939. A todas luces, estamos inmersos en la tercera a partir de la crisis de las hipotecas *subprime* en agosto de 2007. No es la actual una crisis de crecimiento global, ya que se prevén buenos resultados en los BRICS. Aún así, la saña con que la crisis se ceba en Europa puede repercutir en el resto del mundo.

Para acercarnos a la cuestión del decrecimiento de la riqueza en la crisis actual, merece la pena un esfuerzo pedagógico que nos haga entender la excepcionalidad de la etapa histórica que nos ha precedido, esto es, la que surgiendo de la debacle de la II Guerra Mundial y remontando escollos singulares -como las crisis energéticas y económicas de los años setenta- enlazaría con la que sin duda ha de ser la penúltima, en nuestros días. Dentro de este largo medio siglo, no ha existido en la historia occidental un tiempo tan intenso de bonanza económica como el de los Treinta Gloriosos, esas tres décadas de creación de riqueza lideradas por la hegemonía estadounidense en el sistema de Guerra Fría. Piénsese en un mundo heredero de la dualidad conflictiva entre el Fascismo y el Comunismo, formas históricas que compartían de hecho con el keynesianismo atlántico la filosofía del crecimiento a cualquier precio; un mundo: heredero de aquel en el que el nacionalismo económico, con sus barreras proteccionistas y en pugna por el control de las materias primas, propició de algún modo el estallido de la II Guerra Mundial. Sería poco razonable pretender que algo similar hubiera de repetirse hoy –pese a que ciertamente nunca se deshace la estela de los viejos riesgos-

⁴ CRAFTS, N.: *Globalization and Growth in The Twentieth Century*, IMF Working Paper (Washington), FMI, 2000.

época en que Occidente se encoge por la expansión de estados emergentes que aspiran al bienestar y el crecimiento de sus economías. Un tiempo en el que el centro de historia se ha desviado del Atlántico y se ha fragmentado; en que las demandas de bienes y servicios universales topan con el techo planetario de la producción de recursos naturales o con los límites⁵ operativos de la producción.

La nota más significativa, en perspectiva comparada con otras previas, de la crisis de 2008 fue el desconcierto generalizado. Con respecto a la Gran Depresión, solo en Estados Unidos hubo enseguida conciencia real de la pérdida de riqueza asociada a ella en términos absolutos. Las gentes de otros países que entraban progresivamente en recesión a comienzos de los Treinta, no se sorprendían. Se dejaban llevar por un fatalismo herencia de los desastres bélicos inmediatos, sintiendo que la quiebra bursátil y sus efectos sobre las economías locales eran un golpe añadido al cuerpo civil maltrecho que obrarían retardando la cura. Para la mayor parte de los países occidentales la Depresión tenía que ver también con la difícil reestructuración de los mecanismos productivos y financieros posteriores a la Gran Guerra. En general, y al margen de los Estados Unidos, que gozaron en los años veinte de una edad de oro, la vida de la gente corriente en la mayor parte de los países, especialmente en Europa –en el campo pero sobre todo en la ciudad- era poco holgada en términos de riqueza, por tradición, por coyuntura histórica y ahora, por los efectos encadenados del crack bursátil americano. Persistían las débiles expectativas de mejora, nada más.

En buena medida la gran riqueza europea y americana del último siglo y medio tiene que ver con la mundialización de las actividades económicas en alternancia con otras caracterizadas por la *desglobalización*. La historia recoge un largo proceso de mundialización económica y desarrollo financiero desigual⁶, especialmente intenso en el último tercio del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, sucedido por otro de retroceso y de consolidación regional de las actividades económicas en el periodo de entreguerras, durante la II Guerra Mundial y hasta la década de 1950 aproximadamente. Esta tendencia cedió finalmente al hilo de la apertura del libre mercado mundial,

⁵ Premonitorio el texto de MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L.: *Los límites del crecimiento*, F.C.E., México, 1973. Texto revisado dos décadas más tarde en MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L. y RANDERS, J.: *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País Aguilar, 1992.

⁶ REINHART, C. y ROGOFF, K.: *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly*, Princeton University Press, 2011

durante los veinte años siguientes (1950-70), que fueron espectadores de una mundialización económica tan llamativa o más que la del tránsito entre siglos. En estas dos décadas se consolidaron tres áreas de riqueza mundial, en América del Norte, los países recuperados de la guerra en Europa Occidental y en el área de Oceanía/Pacífico.

Cómo llegó a concentrarse tanta riqueza en Europa y América durante los siglos XVIII, XIX y parte del XX es, junto con la organización de las sociedades modernas al hilo del liberalismo, el gran tema nuclear de la historia contemporánea. La *conquista pacífica*⁷ define el modo de imitación universal del sistema comercial e industrial británico –pionero en la creación de riqueza- hasta la consecución del modo productivo capitalista que hoy contemplamos y nos rige. Sin duda alguna, la respuesta a la interrogante acerca de la formación de la riqueza en el mundo contemporáneo se halla en el hecho del crecimiento moderno de la producción industrial, en la innovación de las formas de organizar el trabajo de las antiguas manufacturas y en el alto rendimiento de de los intercambios comerciales de las manufacturas. En la base de estos hilos conductores estaba el afán por aguzar el sistema organizativo de la oferta. En la otra cara de la moneda, fue decisiva la creación de una demanda de productos amplia y diversa.

El incremento progresivo del consumo respaldó la tendencia a la especialización de las manufacturas en bienes de equipo y consumo abundantes y baratos. Además, el tránsito demográfico en Europa durante el siglo XIX creaba más demanda al incrementarse la población por la base de la pirámide y elevarse por obra del progresivo aumento de la esperanza de vida. Los europeos que no emigraban en busca de suelo y comida, se apiñaban en los suburbios de las ciudades, trabajaban en las nuevas industrias y a la larga consumirían sus productos. En aquellas décadas finales del siglo XIX una crisis financiera se traducía en contracción de la inversión, ahorro de los capitales, descenso del empleo, contracción de los salarios, más penuria de la habitual y emigración. En general pues, los pobres lo eran bajo unas circunstancias u otras, de modo que las crisis cíclicas del capital llamaban su atención solo de soslayo. Más evidentes eran en su destino la sequía o las epidemias.

⁷ El término fue acuñado por S. POLLARD: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa (1760-1970)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.

Progresivamente sin embargo, el establecimiento de pautas generalizadas de consumo y el alcance de niveles de bienestar insospechados expresaba que la riqueza podía ser accesible para todos y que al producirse las crisis, -económicas o financieras- perjudicarían de lleno a la gran mayoría. El sistema de crecimiento de la riqueza era predominantemente atlántico y estipulaba las condiciones de la redistribución del poder mundial junto con nuevas formas de hegemonía. De la mano del colonialismo, la atención sobre la economía relativizó el peso de las capacidades tradicionales en la geopolítica, sugiriendo nuevos factores⁸. Solo había que contemplar cómo la de internacionalización de la actividad económica forzaba la integración mundial de los mercados, del trabajo y del capital⁹.

Los periodos más activos por lo que a todo ello se refiere distan varias décadas entre sí, pues hablamos de 1870 hasta 1914, en primer término y de los años transcurridos entre 1970 y 2002 después. En ambas épocas los avances tecnológicos han estado a la cabeza de la integración. En la primera etapa el telégrafo y el cable submarino, en la segunda internet, los inventos ampliaban el eco y aceleraban el flujo de la información económica, espoleando la cooperación de los actores y favoreciendo a los centros financieros. El intenso flujo de intercambios hizo posible el mercado de cambios euroamericano (oro/divisas) característico de buena parte del siglo XX¹⁰, salvedad hecha de los periodos de guerra. El estancamiento y el crecimiento de la actividad financiera se expresaban en forma de incómodas aunque previsibles crisis cíclicas, durante las cuales las naciones más fuertes del sistema económico y financiero internacional han apostado sobre todo por políticas de intervención y de protección a los intereses particulares. Tampoco fueron ajenas a la creación contemporánea de la riqueza el desarrollo de las instituciones financieras, la organización y la regulación del trabajo o la génesis del así llamado Estado del Bienestar, en cuya definición tuvieron mucho que ver precisamente las crisis cíclicas del sistema capitalista. En general, la intervención en los mercados -conjunto de actuaciones políticas para solventar los efectos de las crisis- tuvo efectos deconstructivos sobre la mundialización.

⁸ WALLERSTEIN, I.: *Geopolítica y geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Kairós, Barcelona, 2007.

⁹ HUGUET, M.: “Estados, Mercados y Cambio histórico. Economía y Política en el siglo XXI”, en *Política Exterior*, nº. 77, 2000. pp. 154-166.

¹⁰ EICHENGREEN, B.: *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona, Bosch, 2000.

La teoría económica intervino en las crisis con sus propuestas correctoras. En la década de los años sesenta del siglo XX las doctrinas monetaristas desplazaban a las herederas de la escuela keynesiana¹¹, centrales en los procesos de toma de decisiones a raíz de la crisis de los años Treinta. En las escuelas académicas ligadas al liberalismo económico y a pesar de las rencillas doctrinales, el monetarismo¹² promovido por Milton Friedman, defendía el dogma de que los mercados libres son intrínsecamente estables y de que el dinero y los precios guardan entre sí una relación *natural*. Con estos dos principios como cabecera doctrinal, desde las universidades, el monetarismo saltó con gran éxito en la política. El dinero, en tanto variable de la política monetaria, podía ser creado o destruido por el banco central a fin de conseguir la estabilidad de precios. También en la década de los sesenta surgieron las teorías –hoy revisadas y removidas en algunos supuestos- referidas a los ritmos de crecimiento de la riqueza en las sociedades industriales. El origen de esta singularidad histórica habría descansado en la aplicación de nuevas tecnologías y formas de organización del trabajo, y se habría manifestado en los países industrializados en fases sucesivas. La idea de que la riqueza occidental pudo darse a ritmos acelerados, en un breve espacio de tiempo y pautada según etapas, fue no obstante rebatida por los historiadores de la economía en las décadas siguientes, especialmente en la de los años ochenta¹³.

Sin embargo el monetarismo –envanecido por su coincidencia con una época de esplendor en los países desarrollados- topó enseguida con la crisis energética de los años setenta, una crisis en absoluto prevista en las teorías de ciclos económicos. Este escollo rompió el ritmo del crecimiento de la riqueza –inaugurando una larga etapa de quiebra del capitalismo global¹⁴-, esencialmente por la invasión en el ciclo de una circunstancia azarosa: la guerra en Oriente Medio, que retuvo los flujos energéticos y los encareció. Con todo, y al margen de la ineficiencia correctora del monetarismo ante

¹¹ PASINETTI, L.L. y SHEFOLD, B. (Eds): *The impact of Keynes on Economics in the 20th Century*, Edward Elgar, 1999.

¹² Véanse por ejemplo la crítica de la escuela austriaca al monetarismo y la oposición de esta doctrina al keynesianismo, KINDLEBERGER, Ch. P.: *“Historical Models” Keynesianism vs. monetarism, and other essays in financial history*, UK, Economic History, Routledge, (1985), 2006, part III, caps. 11-12, pp. 168-213.

¹³ Por ejemplo, y para el caso británico, léase: CRAFTS, N.: *British Economic Growth During the Industrial Revolution*, Oxford, Clarendon House, 1985.

¹⁴ BERNSTEIN, J.: *La larga crisis de la economía global*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

la crisis, esta no pudo con el proceso secular de la mundialización económica y financiera. A ritmos inciertos la mundialización siguió su curso hasta construir el sistema fin de siglo, de cuya quiebra se hace eco el siglo XXI¹⁵.

Cuando ya a comienzos de los años ochenta, y no solo en los Estados Unidos, el monetarismo¹⁶ se supo ineficiente para afrontar con bien el deterioro de las economías, surgieron otras tesis que, en la misma estela doctrinal, lo abonaban y apuntaban que el mecanismo esencial para superar la crisis era frenar y subvertir la inflación. No advirtieron las administraciones que, siendo importante el problema del crecimiento descontrolado de los precios, también lo eran las elevadas tasas de desempleo o la tendencia a la inestabilidad de las finanzas. Algunos procesos inesperados como los flujos de población o el freno de la natalidad en los países desarrollados ayudaban a corregir la lacra del paro. Sin embargo, las finanzas –de vez en vez más presentes en las economías nacionales- seguían siendo reductos de riqueza muy vulnerables.

Quizá lo más significativo a este respecto no obstante sea que a finales de aquella década, y especialmente tras la caída del Muro (1989), la riqueza mundial se resituó, geográficamente hablando. A las áreas regionales más ricas se adhirieron otras, insertas en Asia (Tigres asiáticos, Sur y Sudeste Asiático), en Latinoamérica, en Europa Central y del Este, Rusia principalmente. Pero a diferencia del comportamiento de la riqueza acumulada en la segunda mitad del siglo XX en las viejas potencias industriales –propensa a elevar y expandir el bienestar de las clases medias-, en las nuevas regiones ascendentes el capital no se distribuía al modo equitativo de las sociedades saneadas. La heterogeneidad de esta nueva riqueza y el desequilibrio en el reparto social era palpable y ponía en tela de juicio las ventajas de la globalización¹⁷. La riqueza proveniente del monopolio petrolero en los así llamados países Árabes no se tradujo por ejemplo en la mejora de las condiciones de vida y el desarrollo democrático de las poblaciones. El sector del lujo creció y se convirtió en un reclamo convincente para los grupos que manejaban las economías. En la antigua Europa del Este y en los países del Asia continental por ejemplo, la riqueza gestionada por los nuevos magnates apenas

¹⁵ WALLERSTEIN, I.: *El futuro de la civilización capitalista*. Barcelona, Icaria, 1997.

¹⁶ GALBRAITH, J.K.: “El colapso de monetarismo y la irrelevancia del nuevo consenso monetario”, *Ola Financiera*, 2011

¹⁷ HIST, P. y THOMPSON, G.: *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996.

alcanzaba a los ciudadanos. Revertía eso sí en los mercados del despilfarro y en las finanzas, donde el dinero fácil llamaba a su homólogo, produciendo en la clase media enriquecida la sensación de un crecimiento rápido y abultado, muy semejante en apariencia al de la América de los años veinte. La riqueza extrema se contraponía a unas tasas de pobreza completamente injustificables en algunas áreas como las de la vieja Unión Soviética.

Fueron décadas, las dos últimas del pasado siglo, de espejismos y de grandes turbulencias económicas y financieras; también favorables a la reorganización de los mercados y a la integración –institucional (UE, NAFTA)- de las economías regionales, en competencia con el inexorable proceso de la globalización. La insistencia en la desregularización de las economías por parte de los gobiernos nacionales dio pie a que las grandes corporaciones (americanas, europeas y asiáticas) tomaran posiciones – mantenidas después- en el entramado de la toma de decisiones mundial¹⁸. Y todo ello bajo la mirada atenta de los poderes públicos¹⁹ que, enflaquecidos, asistían con perplejidad a la instalación de un nuevo orden económico mundial. De la mano de las nuevas tecnologías el poder²⁰ se desplazaba de los estados-nación hasta las sedes que dirigían los centros financieros. En el primer mundo, la magnificencia de la riqueza en los a finales de los años noventa bien podía equipararse a aquellas de las décadas de los años veinte y sesenta, y a la euforia ante una plenitud recuperada.

El deterioro de algunas economías o las crisis en los mercados periféricos – véanse en sus distintas formas los casos de Argentina, México o Thailandia- fue considerado un daño colateral, parte obligada del reajuste necesario para la recuperación del bienestar americano y europeo por extensión: véanse las políticas del Consenso de Washington²¹ especialmente aplicado en América Latina, que fomentaron el derecho

¹⁸ PENG-KIN, Y.: *Lessons in corporate governance from the global financial crisis*, Australia, CCH, 2009.

¹⁹ BOYER, R. y DRACHE, D.: *States against markets. The Limits of Globalization*. Londres, Routledge, 1996, y en español, RODRÍGUEZ BRAUN, C.: *Estado contra mercado*, Madrid, Taurus, 2000.

²⁰ CRAFTS, N.F.R.: “Historical Perspectives on the Information Technology Revolution”, Washington D.C. International Monetary Fund, Research Department, 2001.

²¹ CASILDA, R.: “El consenso de Washington”, en *Política Exterior*, vol. 16, nº86, 2002, pp. 109-117.

individual frente al del conjunto²². Pese a las crisis de la globalización, la riqueza fin de siglo se expresaba en forma de aniquilación definitiva de fronteras aduaneras o monetarias (Europa), de flujos abundantes de mercancías (Entre Asia y Europa), o del acceso ilimitado a la información (*High Performance Computing and Communication Act, 1991*, más conocida como *The Gore Bill*, fundamentada en el informe remitido al Congreso por los profesores Kleinrock, Kahn, Clark, y otros (1988): "Toward a National Research Network"), e incluso de movimientos planetarios de población (fuerza de trabajo a demanda) que, tangibles o virtuales (*cosmopolitismo*), a la altura de 1999 transformaban al Capitalismo²³, liberando a la actividad global del viejo impedimento espacio-temporal.

Ciertamente las agudas crisis financieras seguían dándose²⁴, pero se contemplaban desde la resignación confiada. Los países o regiones que se iban incorporando al crecimiento de forma más lenta eran los más vulnerables al respecto, tardando más en recuperarse de las dislocaciones puntuales. Lo esencial era que la máquina del capital continuase en movimiento. Algunos datos muy simples dan idea de la resistencia a perder el dominio sobre el capital por parte de los países tradicionalmente ricos en las últimas dos décadas del siglo. En 1980, y con solo un 21% de la población mundial, los países de tradición capitalista producían cerca del 80% de las exportaciones mundiales y contaban con un PIB próximo a esa cifra. A finales de la pasada década, con algo menos del 18% de la población del mundo, estos países –a los que se había incorporado Corea del Sur– exportaban aún el 70% del total con un PIB ligeramente superior al 70%. Pese a la notable rebaja, estos países mantenían todavía una concentración destacada de la riqueza mundial.

La rebeldía ante la pérdida del control fue especialmente notable en los Estados Unidos en los años noventa, a rebufo de cuyo tirón se mantuvieron las economías

²² John WILLIAMSON (Instituto de Economía Internacional y Banco Mundial) redactó las formulaciones del Consenso de Washington, compuesto por diez puntos: disciplina presupuestaria, cambio de prioridades en el gasto público, reforma fiscal, tipos de interés y de cambio fijados por el mercado, liberalización comercial, políticas de apertura con respecto a la inversión extranjera directa, política de privatizaciones y desregularizadora, y políticas de propiedad.

²³ SOROS, G.: *La crisis del capitalismo global*, Madrid, Temas de Debate, 1999. SOROS, G.: *Open Society: Reforming Global Capitalism*. New York, Public Affairs, 2001.

²⁴ MARICHAL, C.: *Nueva historia de las grandes crisis financieras: una perspectiva global: 1873-2008*, España, Debate, 2010.

occidentales. El factor económico ha sido central en las tesis sobre la hegemonía monopolar fin de siglo del muy conocido Zbigniew Brzezinski (1997) en *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, y antes, en las de Paul Kennedy (1989)²⁵, que definió los ciclos de poder de las potencias en términos históricos. Así pues, es constatable que el impulso de la economía americana viene siendo, desde la II Guerra Mundial, un enorme acicate para el crecimiento de las economías²⁶. Pero las crisis financieras originadas en las diferentes regiones²⁷ en el último tramo del siglo XX, además del rasgo de poner en evidencia el modelo, devastaban unas áreas en favor de otras, desplazando la riqueza -la contracción latinoamericana en los años ochenta expulsó el capital del continente hasta Asia, dándose el fenómeno opuesto en los noventa, con la crisis de los tigres asiáticos-, e instando a los Estados Unidos a actuar en los mercados para intentar así no perder posiciones adelantadas en del tren de la creación de riqueza.

Si tomáramos por cierto que la riqueza se incrementa regularmente en el tiempo, cabe preguntarse si, no obstante las crisis de las últimas décadas, se ha mantenido el volumen global en perspectiva histórica. Los analistas tienden a creer que en las últimas décadas se viene produciendo destrucción de la riqueza, y que esta tiene como causa la sustitución –en principio sutil y luego muy visible- de la actividad productiva por la especulación desenfrenada. Se repite una y otra vez el fenómeno de las burbujas (tecnológicas, financieras o inmobiliarias) que, tras una etapa de beneficios elevados, inundan los mercados de productos sin valor y los gobiernos debaten a propósito de si esta pérdida de capital *real* en el sistema es solo de naturaleza cíclica y en consecuencia recuperable, o bien hay en ella un componente estructural que muestra el principio del fin de las formas clásicas de crear riqueza.

²⁵ KENNEDY, P.: *The rise and fall of the great powers: economic change and military conflict from 1500 to 2000*, Ed. Actualizada en Vintage Books, 1989.

²⁶ HUGUET, M.: “Balance de la guerra. La nueva sociedad internacional”, en PEREIRA, J. C. (coord.): *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, cap. 20, Barcelona, Ariel, 2008, pp. 447-470.

²⁷ OHMAE, K.: *The End of the Nation-State. The Rise of Regional Economies*, Londres, Harper Collins, 1995.

Finalmente y en términos geopolíticos, no conviene perder de vista que el incremento y la diversificación de centros de riqueza mundial en la segunda mitad del siglo XX alteró el mapa de las fuerzas, complicó la estructura del poder mundial y las condiciones de la gobernabilidad internacional tal y como habían sido concebidos por las potencias para la segunda mitad del siglo XX.

El desorden del Capital²⁸ y la crisis de las estructuras

Siendo las crisis financieras dolencias de signo agudo dentro de la historia de la economía, una de sus principales características es que desmantelan y reducen en breve la riqueza largamente edificada, pudiendo hacer crónica la enfermedad. Pero la destrucción de la riqueza –tejido de trama compleja y materiales diversos- se manifiesta no inmediatamente sino tras haberse producido los acontecimientos monetarios y bursátiles que dan forma visible a la crisis. El destrozo se ve en el resquebrajamiento de las estructuras que soportan las sociedades y en la inoperancia de las instituciones que, en épocas boyantes, organizan estupendamente la economía.

Ya en el periodo posterior a la crisis de los años setenta se dieron importantes turbulencias y significativas transformaciones que, bien como causa directa de la crisis, bien en concomitancia con ella, alumbraron un mundo significativamente distinto a aquel previo, concluido en la llamada Crisis del Petróleo –en realidad dos: la de 1973 y la de 1979. Por lo que a aquella crisis se refiere la generación central del presente recuerda los embates de la inflación sobre la economía diaria: el precio disparado, y la escasez de los combustibles, el incremento del precio de los alimentos o del transporte, la reconversión del tejido productivo industrial o el común ejercicio de restricción en el gasto público. En el frontal de la crisis y como un *dejá vu*: la negra estela del desempleo, la contracción del consumo, las protestas urbanas o la emigración de jóvenes hacia países menos dañados por la crisis económica global.

Si algo mostró la crisis de los setenta a la historia es que cada sociedad enfrentaba las inconveniencias de su economía desde unas condiciones de riqueza peculiares, y contando con la referencia de las ya sufridas. En España, por ejemplo, al ir el país a desgaire de la historia europea y atlántica durante buena parte del siglo XX, la

²⁸ Por oposición al término “Capitalismo Organizado”, en LASH, S. y URRY, J.: *The End of Organised Capitalism*, Cambridge, Polity Press, 1987.

crisis fue una experiencia singular con respecto al entorno y a la propia historia. España se incorporó a la crisis apenas iniciada la época del crecimiento²⁹ -entre 1961 y 1963 el PIB anual español aumentó un 8%, multiplicándose el tamaño de la economía por un factor de 2,7 en solo 13 años-, sin el colchón de la prosperidad consolidada de las décadas posteriores a la II Guerra Mundial con el que sí contaban los países europeos que se habían beneficiado de los efectos a largo plazo de los planes de recuperación.

En términos de ejercicio histórico comparado y para el conjunto de la población de las naciones ricas, el nivel de vida de las familias de clase media afectadas por la crisis del petróleo, era mucho más estrecho incluso para los estándares de la época que el de la actual. Así, la altura desde la que se ha producido el desplome es hoy si cabe mayor que entonces. En el caso español, como digo, heredero en los años setenta de una situación socioeconómica de retaguardia, aunque en franco crecimiento, en relación con las del entorno europeo, la rebaja de expectativas personales y familiares como producto de la crisis no supuso un dislocamiento social tan visible como el que trajo la de 2008. Aunque las cifras son concluyentes en todos los aspectos del análisis, cabe indicar –en un modesto plano cualitativo- que en los países de incorporación tardía al desarrollo especialmente la percepción de pérdida de riqueza y de ventajas sociales, la ansiedad ante el desmoronamiento del *ecosistema familiar y social* por el estancamiento del crecimiento, es de naturaleza más compleja en la crisis de 2008 que en aquella.

Hacia 1973 el descenso del ritmo de crecimiento de las economías era generalizado quedando al margen las asiáticas, emergentes. En Europa, la significativa reducción de más de un cincuenta por ciento del crecimiento quedó en cierto modo paliada por el comienzo de la baja de las tasas de natalidad –tras el Baby Boom- y un incremento de riqueza de las áreas del Sur con respecto a las del Norte. Así, Europa - que padeció sin duda la crisis- pudo seguir mejorando en los casos de países más atrasados y, aunque a ritmo lento, sus tasas de productividad por habitante. En los Estados Unidos, bajo los efectos de una profunda crisis social, las secuelas de la crisis económica fueron bien visibles en el tejido urbano principalmente. Corrían tiempos de descrédito de las administraciones por razones políticas, de contestación social a cuenta del avispero de Vietnam y de otros asuntos internos que no se terminaban de solventar.

²⁹ OCAMPO, J A.: *Historia económica mundial y de España*, Oviedo, Ediuno, 2007.

La cuestión de los derechos civiles, el declive de los recursos en defensa, o la polémica en torno a los modelos de abastecimiento energético preocupaban y con razón a la ciudadanía. El decrecimiento de la economía estadounidense fue computado en un tercio aproximadamente, en relación con el de las décadas previas. Con todo, el descenso de la productividad no fue tan llamativo como en otras áreas del planeta.

La suerte del conjunto de países de América Latina fue heterogénea, si bien el continente cuyo modelo de *importación-exportación* había visto épocas gloriosas, sufría ahora la reducción del crecimiento económico hasta más del cincuenta por ciento de lo conocido, muy por debajo de la experiencia de las décadas previas. El crecimiento negativo en África, apenas quince años después del surgimiento de esperanzadoras repúblicas libres, empeoraría aún más si cabe por efecto del descontrol de la natalidad y del aumento de la población³⁰. En muchos países americanos y africanos, y a la luz de economías contraídas, las dictaduras militares se hicieron con el poder y abrieron procesos represivos a fin de domeñar la contestación social. Solo el extremo oriente parecía respirar y en él, a la sombra de Japón, la emergente República de Corea del Sur, que no tardaría en celebrar sus primeros Juegos Olímpicos (1988).

La caída del muro de Berlín (1989) -hito reconocido en la historia reciente- mostraba el camino para la implantación global de las prácticas neoliberales. Pocos fueron capaces de ver que el esplendor inusitado y también los excesos de aquellos tiempos de confianza en América y Europa, guardaban en su dimensión excepcional, la hondura de la quiebra posterior. Ya durante la década de los noventa, con el trasfondo del Consenso de Washington implantado en los mandatos demócratas de Bill Clinton, un evento financiero –la crisis asiática de 1997- atrajo la atención mundial sobre el problema de la incómoda reiteración de las crisis. En el terreno de las finanzas esta crisis proponía -como en la historia política había supuesto 1989- un final adelantado para el siglo XX. El rescate funcionó y la dimensión real de las crisis se solventó minusvalorándose³¹, viéndose en ella un episodio estacional asumible. Y no se aprovecharon los avisos, manifestándose que la memoria común puede llegar a ser de una fragilidad pasmosa.

³⁰ COMIN, F., et alii.: *Historia Económica Mundial*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 401-404.

³¹ ESTEFANÍA, J.: *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del Capitalismo*, Madrid, Taurus, 2000.

Por ejemplo, en el inicio de la década de los noventa se había asistido al devastador efecto sobre la sociedad japonesa de la burbuja financiera: el cese del crecimiento al que se hacía referencia en occidente como si se tratara de algo lejano, específicamente *oriental*. La burbuja de la economía en Japón sería no obstante estudiada por los analistas como la referencia más cercana y en consecuencia fiable desde la que anticipar los efectos derivados de la crisis de las *subprime*³²(2007) y el cataclismo bursátil de 2008. También la crisis de finales de la pasada década gozaba de rasgos particulares, si bien repetía algunos de los ingredientes –las burbujas, por ejemplo- vistos recientemente en Japón, país por cierto joven en términos de economía moderna.

La semilla japonesa –los modos de hacer- había germinado en el sudeste asiático, en Corea del Sur o Taiwan que, ya en los ochenta, amenazaban con usurpar parte de la nutrida cuota japonesa de mercado. La competencia asiática se hizo excesiva para occidente. Los años ochenta fueron francamente malos para las empresas americanas cuya recuperación, en términos de exportaciones, se dio solo a finales de la década y en especial en el primer lustro de los años noventa –a cuenta del monopolio las nuevas tecnologías de la información y de los intensos esfuerzos de la reconversión industrial. Los efectos de estos cambios duraron no obstante tan poco que el sector productivo no llegó a reconfigurarse plenamente. En tiempos de Ronald Reagan las tasas de beneficio se redujeron al igual que los salarios, lo que terminó por dismantelar el modelo salarial del *fordismo* que se había implantado con tanto éxito en la primera expansión del capital americano.

Los *estándares* de crecimiento de los tiempos álgidos del monopolio de producción manufacturera eran inalcanzables ahora, especialmente si contamos con la rémora de las estructuras obsoletas en los viejos países industriales. Los nuevos se incorporaban a los procesos adquiriendo las modernas tecnologías y se repetía el proceso histórico de redistribución de riqueza, herramientas y capacidades tecnológicas, propio del tránsito entre las anteriores revoluciones industriales, y que había debilitado en la economía mundial a imperios tan poderosos como el británico. Echando atrás la mirada, pues, qué duda cabe que a partir de la crisis de los años setenta los países así

³² GUILLÉN, H.: “La crisis financiera de los préstamos subprime”, *Comercio Exterior*, 2009.

denominados desarrollados entraron en una vía de desajuste entre la producción, los salarios y el consumo, dejando entrever serios problemas en su productividad económica³³.

En Estados Unidos el consumo había sido considerado el centro medular del esplendor del país, así que se optó por cubrir las expectativas empresariales al respecto apelando, primero al ahorro acumulado de los asalariados, y luego –una vez agotado este– al crédito bancario ilimitado. En términos monetarios, el dólar compartía protagonismo con otras monedas fuertes (en 1971 se había dado el fin de la convertibilidad del dólar en)³⁴. La competencia multiplicaba sus fuentes: el yen japonés, el marco alemán o, con posterioridad, el euro. El neoliberalismo³⁵ reaganiano (1981-1989) se oponía al incremento artificial de los salarios como mecanismo de reactivación económica, y dejaba cadáveres a su paso, quizá por la leve capacidad de reacción de las sociedades frente a la desregularización. El progreso de la liberalización del sistema en el Reino Unido iniciado durante los gobiernos de Thatcher se saldaba con situaciones inauditas históricamente hablando: una reconversión industrial sin medida ni planes de recambio, el empobrecimiento rápido de la clase media y la disolución del costoso estado del bienestar concebido por el Laborismo en la posguerra.

Las clases medias de los países de capitalismo histórico, y pese a los buenos augurios de los años noventa, perdían poder adquisitivo en esta última etapa de reconfiguración del capitalismo. Estructuras financieras complejísimas de escala globalizada sostenían el sobreendeudamiento general³⁶, ocultando la débil progresión del crecimiento real. La deuda de los particulares crecía a la par de la que generaban los Estados del Bienestar que, precisamente por la apariencia de prosperidad creciente, gastaban sin miramiento, atrayendo a emigrantes desde las regiones del mundo en vías de desarrollo.

³³ ECKES, A. E. Jr.: *The Contemporary Global Economy: A History Since 1980*, US, UK, Wiley-Blackwell, 2011.

³⁴ EICHENGEEN, B.: *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona, Bosch, 2000.

³⁵ AGUIRRE, M. (Dir): *La fe religiosa de la globalización neoliberal*. Madrid, CIP, 2000.

³⁶ WORLD BANK, INTERNATIONAL MONETARY FUND: “A history of the world debt. How public debt has changes since 1880”, *Finance & Development*, marzo, 2011.

Pero, si las instituciones gubernamentales se han afanado durante las dos últimas décadas en apuntalar un modelo de crecimiento-endeudamiento que hoy –desde la crisis- nos parece inaudito, también han tenido que asumir la cesión del control sobre las decisiones correctoras de índole global a los bancos centrales que, hasta que la recesión/depresión no se ha hecho dueña del escenario, reiteraban el abaratamiento del dinero y el flujo de un crédito continuo. Tanto dinero y tan barato se redirigía a las actividades financieras (especulativas) provocando en muchos países un encadenado de burbujas. La inmobiliaria ha sido muy llamativa en países de potente economía –Japón, Estados Unidos, Reino Unido- teniendo el defecto añadido de arrastrar consigo a las entidades bancarias, lastradas en muchos casos por los activos tóxicos –bolsas de viviendas hipotecadas, devueltas por sus dueños a los bancos, a cuenta del impago de la deuda y con escaso o nulo valor de mercado.

En las viejas potencias industriales un conjunto de decisiones económicas de signo estratégico se mostrarían por demás de acierto dudoso. La más polémica sin duda, y en la base de no pocos problemas vinculados a la crisis de crecimiento en relación con 2008, fue la progresiva deslocalización del tejido productivo. La mano de obra barata y abundante de los países en vías de desarrollo, en absoluto proclive a las huelgas, fue decisiva en este proceso de toma de decisiones. Por otra parte, la presión de la opinión pública para alejar de los núcleos de población los elementos contaminantes inherentes al desarrollo industrial –débilmente regulado en términos medioambientales- de las décadas precedentes, facilitó el transvase de las estructuras de producción. Bajo la mirada atenta de la ecología gubernamental, la producción del cemento, los productos químicos y en general los componentes que hacían viable la actividad en las cadenas de montaje era una actividad a erradicar del primer mundo. Los empresarios americanos y europeos propiciaron y colaboraron con los poderes públicos en la deslocalización de las industrias que contaminaban, además de en la contracción de la actividad agrícola de tamaño pequeño y mediano. Aparentemente, las ventajas de estas decisiones eran globales. Puesto que la mano de obra del mundo desarrollado parecía más dispuesta al consumo de alimentos y de bienes que a su producción, se ofrecía esta a los países con recursos humanos capaces de asumir el reto. Las tasas demográficas occidentales manifestaban un claro envejecimiento de la población y, en Europa especialmente, los trabajadores –mejor cualificados por cierto que nunca- desechaban los empleos duros, que no exigían estudios, a la vez que demandaban incrementos salariales, en paralelo al

aumento de la inflación. En el Este –Europa y Asia- la caída del sistema comunista abrió la espita definitiva a la expansión del capitalismo. Tras la quiebra del modelo de producción comunista, el neoliberalismo³⁷ se implantó como doctrina universal e incontestable.

En definitiva, en lugar de insistir en la mejora y eficiencia de los modos de la producción industrial interna y en la preservación del medio agrícola, en lugar de mantener equilibrada la estructura económica, los países desarrollados optaron por desentenderse de su propia suerte, volcándose en la economía de los países emergentes a través del fomento de las inversiones de capitales en ellos y especializándose en economía financiera. Los flujos financieros que provenían de Japón y de estos países en rauda crecimiento comenzaron a financiar la explosiva deuda de países como EEUU (en 2007 su volumen de deuda externa neta era del 27% del PIB frente al 5% en 1997, y en 2011 aproximadamente el 45% de los bonos del tesoro estadounidenses pertenecían a inversores extranjeros), situándoles en una posición de dependencia con respecto a los BRICS no conocida hasta la fecha³⁸. Sumemos la dependencia energética externa, muy superior –en parte por el incremento de los hábitos de consumo en los países del primer mundo- a la de los años setenta.

Pese a estos apuntes, la fe ciega a mediados de los años noventa en el principio de libertad comercial estimularía la creación de la Organización Mundial del Comercio en 1995, cuya particularidad con respecto a instituciones previas era la obligatoriedad de los Estados miembros a someterse a las reglas y decisiones del organismo. En este marco global, el ciudadano medio –especialmente el europeo- admitía perderle la pista al capital de las empresas –volátil o emplazado en países extranjeros- en tanto no se resintiesen los mecanismos del Estado del Bienestar³⁹, al que contribuía con elevados impuestos cada vez más elevados. En pleno desarrollo de la economía globalizada, sorprende la ceguera ante el desmantelamiento de muchas estructuras productivas, que se deshacían a ojos vistas dentro de las fronteras. Por otra parte, el dinero fácil parecía estar –el referente del '29 es obvio- al alcance de cualquiera. Entre quienes disponían de

³⁷ HARVEY, D.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

³⁸ Informaciones estadísticas, en *New Economics Foundation*. www.neweconomics.org

³⁹ NAVARRO, V.: *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 2000.

recursos para invertir –o pretendían disponer de ellos- parecía insensato no intentar prosperar a la sombra de la especulación, sobre acciones invisibles o bienes inmuebles a la espera de ser contruidos. En la América de finales de los años veinte ya se había dado la especulación sobre el suelo o las finanzas como un fenómeno de masas y de locura colectiva.

La globalización económica del último tránsito entre siglos estimulaba precisamente la inversión de los ahorros –pequeños o abultados- en viviendas que no se habitaban o en fondos ubicados en mercados exóticos y moneda extranjera, a través de negocios de estructura piramidal. Se consideró buen negocio edificar donde fuere porque esta actividad colmaba las expectativas inversoras de los capitales. El precio de los inmuebles se incrementaba solo por el afán de los compradores por adquirirlas. Es países con una estructura productiva débil, la construcción atraía recursos materiales y humanos. Así que, al no ser suficientes los obreros en esta actividad, se requería atraer más mano de obra para atender a la fuerte demanda. En esta coyuntura las garantías del estado del bienestar para todos, también para los inmigrantes, se tejieron por medio de costosísimos empréstitos de las administraciones sobre la banca. Y de igual modo que los gobiernos compraban bienestar a crédito⁴⁰, las empresas comenzaron a construir sobre enormes préstamos bancarios y los ciudadanos se habituaron a hacer del crédito la moneda más usual para sus hábitos de consumo. Por otro lado, era ciega la confianza del ahorrador en sus intermediarios con el mercado, agentes de inversiones que, sin riesgo puesto que no invertían su capital, operaban en un sistema que les proporcionaba a ellos mismos unos beneficios similares a los que en otros tiempos hubiera tenido un empresario arriesgando, este sí, su dinero.

El papel de la industria y de la riqueza real al socaire del negocio financiero parecía anticuado, fuera de lugar. Los antiguos cuellos azules, trabajadores de la manufactura o de la industria, que hasta los años setenta habían sido núcleo fuerte del trabajo en occidente, se extinguían y, como efecto de ello, las organizaciones sindicales veían declinar su función de agentes sociales indispensables en la correa de transmisión asalariado-empresario. Los intereses de los trabajadores se mostraban ahora fragmentados, siendo escasos los frentes de lucha común sostenidos por los sindicatos.

⁴⁰ MACDONALD, S.B. y GASTMANN, A.L.: “*Modern Credit Period*”, *A History of Credit and Power in the Western World*, New Jersey, Transaction Publishers, 2004, part 4, pp. 95-301.

La vieja clase trabajadora se diluía entre el auge del personal de servicios y el goteo incesante pero soterrado de prejubilaciones y despidos en los cierres fabriles. Difícilmente puede comprenderse el contexto histórico occidental en relación a la última crisis financiera sin apelar al fenómeno de la *individuación* del sujeto contemporáneo, desligado progresivamente a partir de la década de los sesenta de la anónima y potente masa *fordista*.

La herencia cíclica: de la Gran Depresión a las crisis financieras de los años noventa

La evaluación de las crisis financieras como episodios en la crisis estructurales no impide sin embargo su ubicación por derecho propio en la herencia cíclica del sistema capitalista, tal y como se las conoce desde los inicios de la economía mercantil. Supuestamente, y dada la tradición de este fenómeno, parece lógico colegir que la economía debería saber cuándo y con qué rasgos va a producirse una crisis. La historia demuestra⁴¹ sin embargo el error de este supuesto y que en cada coyuntura, como ya se ha dicho, se dan elementos imprevistos y sorprendentes pese a todo. Recesión o depresión⁴² –recesión muy grave con caída en picado de la actividad productiva y subida alarmante y continuada de las tasas de desempleo- si se prefiere, la forma y la duración de una crisis como la de 2008 depende de los elementos acumulados en el tiempo además de aquellos que son *específicos del momento*. La muestra más evidente de la globalidad de la crisis fue su anticipo: la recesión a partir de 2007 -cuando el producto cae (en cifras desestacionalizadas y anualizadas) durante dos trimestres consecutivos, consideran algunos analistas- en la mayor parte de los países industrializados (la Eurozona, EEUU y Japón), que arrastraron consigo algunas economías emergentes⁴³.

Al igual que sucediera en la década de los años veinte, en relación con el crash del 1929, los enormes flujos de capital habían ejercido una gran influencia sobre la evolución macroeconómica, cuando el cese repentino de estos movimientos dejó al

⁴¹ COLLINS, Ch.: “The crisis through the lens of history”, *Financial & Development, International Monetary Fund*, December, 2008, vol 45, n°4, pp.18-21.

⁴² FAZIO, H.: *Crisis mundial: ¿recesión o depresión?*, Santiago, Lom Ediciones, 2009.

⁴³ OCAMPO, J. A.: “Impactos de la crisis financiera mundial”, CEPAL 97, Abril, 2009.

descubierto la deuda real de las economías. Uno de los problemas esenciales en relación a esta última recesión en el nuevo siglo, desde el punto de vista cíclico, fue el desconcierto y la tardía capacidad de reacción de gobiernos e instituciones económicas centrales. Así, tras la crisis financiera hubo una fuerte contracción de las economías reales con amenaza de la depresión, que puso en solfa la globalización, asociada hasta el momento con el crecimiento y la riqueza⁴⁴.

Volviendo la vista a la Gran Depresión⁴⁵, se observa que la recesión provocada por la crisis de 1929 había tenido una duración larga, tomándose como referencia el año de 1937, aquel en que la economía estadounidense había recuperado los valores previos a la caída de 1929. La memoria del 29 ha estado pues presente en la mentalidad colectiva desde los comienzos de la presente crisis. Los economistas y los historiadores echan mano de los datos de entonces para referirse a la radical disminución de la renta interna y de los intercambios internacionales. Todos los países, los muy o los muy poco industrializados, sin distinciones, se vieron arrastrados por un desplome de la producción, los precios y el empleo. En cierto modo –en el presente algunos signos recuerdan aquellas dinámicas- en Estados Unidos solo la producción de materias primas aguantó el enorme descalabro económico, y ello pese a la caída sistemática de los precios agrarios que contribuyó a la ruina de muchos granjeros y que no se corrigió hasta la regulación de cuotas y precios, ya en los años treinta.

De entre todos los fenómenos asociados a la historia de la Gran Depresión⁴⁶ resultaba especialmente llamativa la burbuja especulativa previa, cuando la revalorización de ciertas acciones llegó a superar el 300 %. Nada parecido se repetiría luego, ni siquiera en tiempos del esplendor de la bolsa a finales de la última década del siglo XX. Tampoco los momentos de pánico vividos bajo el mandato del Presidente Theodore Roosevelt (1903: *pánico del hombre rico* y 1907). Sí lo haría en cambio la fiebre de la ambición generalizada de riqueza y el uso del crédito bancario para la compra de acciones, inmuebles y hasta objetos de lujo. Tras el 29, las quiebras

⁴⁴ KRUGMAN, P.: *De vuelta a la economía de la gran depresión y la crisis del 2008*, Management, 2010 (Reedición del libro originalmente publicado en 1999 que contiene los artículos más importantes escritos por Krugman sobre economía).

⁴⁵ JAMES, H.: *El fin de la globalización. Lecciones de la Gran Depresión*, Madrid, Turner, 2004.

⁴⁶ AHAMED, L.: *Lords of Finance: 1929, The Great Depression, and the Bankers who Broke the World. This has happened before*, UK, Random House, 2011.

bancarias -masiva retirada del dinero de las cuentas de los ahorradores- se sucedieron en cadena traspasando las fronteras estadounidenses, alargando la agonía en el tiempo y expandiéndola en el espacio. Lo que siguió es la historia de una Depresión tan profunda que barrería los modos de la mundialización y de la cooperación internacional. Aranceles, control de cambios y restricción a las importaciones (Ley Arancelaria Smoot-Haley en 1930 en EEUU) fueron solo algunos de los mecanismos económicos y comerciales de los que echarían mano los países durante los años previos a la II Guerra Mundial.

En definitiva, la herencia de las crisis cíclicas ha impuesto siempre políticas nacionales intervencionistas y *antimundializadoras*, destinadas a reducir las deudas a la vez que a estimular la producción interna, y mostrando dos tendencias contrapuestas aunque complementarias: la concentración del capital y la *regionalización* de las actividades dirigidas desde unidades de poder más pequeñas y eficientes. Los particularismos de cada caso tienen, históricamente hablando, la última palabra, si bien domina antes y ahora la quiebra momentánea de las disposiciones globales que miran hacia una escena económica única y extensa, integrada y atenta a los dictados de una sola voz, la del mercado.

Entendida como mera recesión prolongada en el tiempo o como una depresión real, el miedo reciente a una Segunda Gran Depresión –en términos históricos sería la Tercera- pasaría a ser una losa paralizante en algunos países, cuyos gobiernos quedaban estupefactos ante tasas de desempleo –en el caso español de más del 20% de la población activa y en torno al 40% de la población activa joven a comienzos de 2012. Algo tan llamativo solo era comparable a lo sucedido en América y países industrializados a comienzos de los años Treinta. En este asunto las cifras son esenciales, pero por encima de ellas sorprende la percepción, el sentimiento común - entonces y ahora- de desengaño⁴⁷ y la percepción de quiebra de la vida material moderna tal y como la hemos conocido, así como el surgimiento de modos forzosamente renovados en el capitalismo.

Con la producción reducida a mínimos y los despidos sucediéndose en un goteo sin fin, las exportaciones contraídas y la capacidad de compra de los consumidores y de

⁴⁷ BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal. 2002.

las administraciones reducida, a partir de 2009 lo peor era que no se veía el horizonte final de este panorama desalentador. Los gobiernos, sujetos a los compromisos del Estado del Bienestar -ahora incrementados al tener que sostenerse las prestaciones por desempleo y los gastos derivados de las deudas contraídas a cuenta de las costosas inversiones públicas- estaban endeudados. En este particular capítulo, en 1929 las responsabilidades de las administraciones para con los ciudadanos se hallaban en un estado embrionario, que nada tiene que ver con la situación presente, por lo que en este particular no había una perspectiva de recuperación sino de *invención*. La actitud intervencionista de los estados en relación al peligro de derrumbe de las estructuras bancarias se había iniciado tras las quiebras bancarias del 29. En plena era de voracidad del libre mercado y de la desregularización, ahora como entonces, los ejecutivos nacionales y las instituciones económicas mundiales salieron al rescate de los bancos para garantizar a los ciudadanos sus ahorros y a la vez asegurarse el crédito. Y aunque la ayuda con fondos públicos o rescate no se hacía precisamente en favor de quienes habían perdido negocios y hogares por obra de la ligereza con que actuaron los agentes financieros o los gobiernos, el neoliberalismo persistía en la consideración de que el modelo era adecuado para el desarrollo y crecimiento de la economía mundial⁴⁸. Con los rescates bancarios, los ciudadanos –algunos de cuyos negocios morían lentamente sin ayuda alguna- se preguntaban perplejos qué distingue a un banco de cualquier otra empresa privada, haciéndolo susceptible de recibir el auxilio de las arcas públicas cuando su actividad quiebra, incluso a resultas de una gestión deficiente o imprudente.

Las primeras alarmas se dieron en la década de los años noventa, en el Sudeste Asiático. En el otoño de 1997, lo que había comenzado como una crisis monetaria y financiera localizada en Tailandia, se extendió a Indonesia, alcanzando a Corea del Sur y a Hong Kong⁴⁹. Las monedas se devaluaban y los activos financieros veían sus precios sometidos a la deflación. La intervención del FMI en la economía de los países afectados pretendía garantizar que, una vez se hubiesen detenido los efectos de la crisis financiera, la economía real de la región quedaría a salvo e incluso podría preverse cierta recuperación en un par de años. El temor al contagio resultaba conjurado una vez

⁴⁸ GRAY, J.: *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Barcelona, Paidós, 1999.

⁴⁹ BUSTELO, P., GARCÍA C., OLIVIÉ, I.: *Crisis financieras en economías emergentes: enseñanzas de Asia Oriental*. Ed. Cooperación al Desarrollo, AECEI, Madrid, 2000.

más por la rápida intervención de las instituciones monetarias. No obstante, en la primavera de 1998 Tailandia, Corea del Sur e Indonesia defraudaban las expectativas acerca de sus PIB respectivos, mostrando que –contra todo pronóstico- el crecimiento se estancaba y, lo que quizá era más alarmante, que el contagio se había producido ya en Hong Kong, Malasia, China o Singapur⁵⁰ primero, y a continuación en los países emergentes (Rusia, Brasil, Venezuela o Sudáfrica), tocando incluso a las economías sólidas, en Japón, Unión Europea y los Estados Unidos de América.

Durante aquellos años las caídas del PIB en los países del sudeste asiático, de más de siete puntos, provocaron una conmoción global, precisamente por el peso mundial de las economías de la región y la rapidez y profundidad del suceso. Puesto que hablamos de economías nacionales de libre mercado, centradas en el intercambio, la severa devaluación de las monedas nacionales llevó aparejada una inflación que entorpeció las transacciones económicas. La crisis bursátil detrajo el interés de los capitales extranjeros que dejaron de afluir momentáneamente a estos países en un porcentaje por término medio no inferior al 10%. En general, se detectaba una conducta a dos bandas complementarias: el descenso del consumo, de la producción y de los ingresos corrientes y un incremento muy sustancial de las tasas del paro y de la pobreza que agudizaba la bajada de ingresos en las arcas públicas y la caída del consumo. Tras unos lustros de crecimiento económico modélico, inspirado en las leyes del neoliberalismo⁵¹, durante los que la riqueza, más rápida y fácil de lo esperable, había servido para erradicar algunos de los males endémicos de las regiones asiáticas en los capítulos de la sanidad y la pobreza, ahora y ante la caída de la economía real la falta de estructuras propias de un *welfare state* tuvo el efecto de abultar el desamparo social, manifestándose el reto político incumplido⁵².

Algunas compañías industriales, que dependían de los préstamos de la banca nacional –sustentada ahora en activos carentes de valor- y de la extranjera, se

⁵⁰ HENG, S.H.: “From Berlin to Wall Street”, *The great recession: history, ideology, hubris and nemesis*, Singapore, World Scientific, 2010. Caps. 2-4, pp. 22-77.

⁵¹ AGUIRRE, M. (Dir.): *La fe religiosa de la globalización neoliberal*. Madrid, CIP, 2000.

⁵² LEE, E.: *La crisis financiera asiática: el reto para la política social*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo, 2000.

encontraron en serias dificultades para cubrir su deuda. Así que, y no solo para las economías domésticas, los empréstitos se hicieron caros y de difícil obtención. Aunque Tailandia, Indonesia y Corea del Sur se llevaron la peor parte de la crisis financiera de 1997, la del yen japonés fue definitiva en la inestabilidad de los mercados monetarios de la región. En algunas zonas se quebró la paz social, produciéndose acontecimientos tan destacables la violencia pública durante la primavera de 1998 en Indonesia. Las políticas de ajuste fueron muy gravosas, lo que explica en parte la agitación social. Ciertamente en ciertas regiones: Hong Kong, Vietnam, Singapur o China, los efectos de la especulación y de la crisis financiera fueron más moderados. En el caso de China o de Vietnam porque su limitada liberalización permitía controlar la deuda exterior. En Hong Kong o Singapur, la razón era que buena parte de su producción –manufacturas de elevado valor añadido, componentes industriales principalmente- estaba absorbida por los mercados estadounidense y europeo, libres aún de los efectos de las crisis financieras sobre la economía productiva.

La recuperación fue rápida en los mercados de Singapur, Hong Kong o Sidney, provocándose en años sucesivos la falsa sensación de que pese a todo la economía prosperaba y las finanzas se mantendrían prósperas. Alan Greenspan, Jefe de la Reserva Federal de los EEUU, hizo reiteradas manifestaciones acerca de las bondades de un mercado que, a la luz del liberalismo, se auto regulaba y se expandía, se integraba y consolidaba. Algunas cifras así lo sugerían. En 2000, reactivado, el consumo estadounidense conducía nuevamente la locomotora de la economía global, llegando a producir el 30% del PIB mundial y absorbiendo casi el 20% de las importaciones mundiales. Esta reactivación se explicaba aún por obra de las bondades de la liberalización y de la globalización.

A modo de balance

Las medidas adoptadas por las instituciones económicas y financieras orientadas a detener la contracción de la economía en esta última crisis⁵³ no dieron los resultados esperados, deteniendo apenas la recesión, en un contexto de liberalización predominante durante más de medio siglo. En Bretton Woods (1944) fueron creados los organismos

⁵³ SAVONA, P., et. Allii.: *Global Financial Crisis: Global Impact and Solutions*, UK, Ashgate, 2011. Part VII, pp. 229-295.

multilaterales -Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial (con posterioridad GATT, el Acuerdo General de Aranceles Aduaneros y Comercio- destinados a construir el sistema de crecimiento y bienestar a partir de la ruina de un mundo desbaratado por muchos años de guerra e inestabilidad. Tras décadas de crecimiento ordenado, en las últimas el ajuste de las instituciones creadas a tal fin, en relación a las crisis del modelo capitalista y aquellas derivadas de problemas estructurales en las economías nacionales y regionales, ha sido relevador del cambio histórico. En 2007, se impuso el G-20, frente a las formaciones previas: G-5, G-7, G-14, como el foro de discusión económica mundial. Junto con el FMI, las cumbres del G-20, (Washington, Londres, Pittsburgh, Toronto, Seúl y Cannes) lideran la economía en tiempos de crisis, sin abandonar la tradición que persiste en el respaldo a la liberalización del comercio mundial.

No obstante, se perciben signos de mudanza. La próxima cumbre del G-20 ha de celebrarse en junio de 2012, en Los Cabos (México). Curiosamente, en la agenda no hay mención al libre comercio. Antes bien, los temas propuestos son: la recuperación de la estabilidad económica y el crecimiento, el fortalecimiento de las instituciones financieras internacionales, la mejora de los sistemas financieros con medidas para ampliar la inclusión y la educación financieras, y el control de la volatilidad de los precios de los alimentos, junto con el impulso de una estrategia de crecimiento verde⁵⁴. En cierto modo, y pese a que la celeridad de los acontecimientos tal vez motive cambios de agenda que hoy nos parecen improbables, en el programa del G-20-junio 2012, destaca la cuestión de los escollos estructurales en las economías afectadas por la crisis.

De entre todas, las brechas sociales son percibidas como un nodo principal en la quiebra de la estabilidad económica, aunque solo sea por las contracciones que desatan en el consumo. Cada vez son más las voces que recuerdan que los gobiernos y las instituciones económicas no suelen abordar este asunto con la largueza de miras más conveniente. A comienzos de la presente década, y pese a los múltiples avisos al respecto, se evitó tomar decisiones orientadas a evitar que la crisis cíclica impactara sobre la estructural, desatendida y enquistada. Así, los economistas recuerdan que los ajustes para solventar los elementos de una crisis considerada cíclica estaban eludiendo

⁵⁴ Ver en la pagina web g20mexico.org

la toma en consideración y la inversión en transformaciones⁵⁵ de calado cuya finalidad debería haber sido sanar al enfermo y no los síntomas de su enfermedad⁵⁶. Fomentar el consumo artificialmente –se viene señalando en los centros de decisión europeos- solo traería aparejado el aumento de las importaciones desde los países emergentes, ahondando más si cabe el problema estructural. En las viejas potencias económicas, el rumbo del crecimiento debería seguir pues dos caminos: la inversión en mejora de la productividad y la atención a las reformas estructurales necesarias del tejido productivo.

Por el momento, entre la reflexión y la praxis en las economías nacionales se apuran toda suerte de apaños o medidas cuya finalidad es apagar los fuegos activos la crisis y de la depresión que esta arrastra en algunos países. Por ello mismo, porque estas iniciativas requieren tiempo e inversión, en un horizonte cercano China, la India o Brasil, especialmente la primera, amenazan con desplazar definitivamente a las primeras potencias económicas: Estados Unidos y las áreas más prósperas de la Unión Europea, que por su parte parecen estar asumiendo este desalojo de la tradicional hegemonía contemporánea desde el natural alivio y con la flemma que otorgan las enseñanzas históricas del pragmatismo, en la confianza de que tal vez merezca la pena terminar de romper el jarrón –al modo de la idea de la destrucción creativa de Shumpeter- para así reconstruirlo en las mejores condiciones posibles.

BIBLIOGRAFÍA

ADDA, J.: *Globalización de la economía*, Madrid, Sequitur, 1999.

AGUIRRE, M. (Dir.): *La fe religiosa de la globalización neoliberal*. Madrid, CIP, 2000.

AHAMED, L.: *Lords of Finance: 1929, The Great Depression, and the Bankers who Broke the World. This has happened before*, UK, Random House, 2011.

BERNSTEIN, J.: *La larga crisis de la economía global*, Buenos Aires, Corregidor, 1999.

BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.

⁵⁵ HELD, D. et alii.: *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*, Oxford University Press, México, DF, 2002.

⁵⁶ STIGLITZ, “El camino escabroso hacia la recuperación” en Tribuna, *El País*, 18/01/2009.

BOYER, R. y DRACHE, D.: *States against markets. The Limits of Globalization*. Londres, Routledge, 1996.

BUSTELO, P., GARCÍA C., OLIVIÉ, I.: *Crisis financieras en economías emergentes: enseñanzas de Asia Oriental*. Ed. Cooperación al Desarrollo, AECI, Madrid, 2000.

BRZEZINSKI, Z.: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998.

CASILDA, R.: “El consenso de Washington”, en *Política Exterior*, vol. 16, nº86, 2002, pp. 109-117.

COLLINS, Ch.: “The crisis through the lens of history”, *Financial & Development, International Monetary Fund*, December, 2008, vol 45, nº4, pp.18-21.

COMÍN, M. et alii.: *Historia económica mundial, siglos X-XX*, Barcelona, Crítica, 2010.

CRAFTS, N.: *British Economic Growth During the Industrial Revolution*, Oxford, Clarendon House, 1985.

CRAFTS, N.: *Globalization and Growth in The Twentieth Century*, IMF Working Paper (Washington), FMI, 2000.

DE LA DEHESA, G.: *La primera gran crisis financiera del siglo XXI. Orígenes, Detonantes y Remedios*, Madrid, Editorial Alianza, 2009.

ECKES, A. E. Jr.: *The Contemporary Global Economy: A History Since 1980*, US, UK, Wiley-Blackwell, 2011.

EICHENGREEN, B.: *La globalización del capital. Historia del sistema monetario internacional*, Barcelona, Bosch, 2000.

ESTEFANÍA, J.: *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del Capitalismo*, Madrid, Taurus, 2000.

FAZIO, H.: *Crisis mundial: ¿recesión o depresión?*, Santiago, Lom Ediciones, 2009.

GALBRAITH, J.K.: “El colapso de monetarismo y la irrelevancia del nuevo consenso monetario”, *Ola Financiera*, 2011.

GRAY, J.: *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*. Barcelona, Paidós, 1999.

GUILLÉN, H.: “La crisis financiera de los préstamos *subprime*”, *Comercio Exterior*, 2009.

HARVEY, D.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007.

HELD, D. et alii.: *Transformaciones globales. Política, economía y cultura*, Oxford University Press, México, DF, 2002.

HENG, S.H.: “From Berlin to Wall Street”, *The great recession: history, ideology, hubris and nemesis*, Singapore, World Scientific, 2010. Caps. 2-4, pp.22-77.

HIST, P. y THOMPSON, G.: *Globalization in Question*, Cambridge, Polity Press, 1996.

HUGUET, M.: “Estados, Mercados y Cambio histórico. Economía y Política en el siglo XXI”, en *Política Exterior*, n°. 77, 2000. pp. 154-166.

HUGUET, M.: “Balance de la guerra. La nueva sociedad internacional”, en PEREIRA, J. C. (coord.): *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, cap. 20, Barcelona, Ariel, 2008, pp. 447-470.

JAMES, H.: *El fin de la globalización. Lecciones de la Gran Depresión*, Madrid, Turner, 2004.

KENNEDY, P.: *The rise and fall of the great powers: economic change and military conflict from 1500 to 2000*, edición actualizada en Vintage Books, 1989.

KINDLEBERGER, Ch. P.: “*Historical Models*” *Keynesianism vs. monetarism, and other essays in financial history*, UK, Economic History, Routledge, (1985), 2006, part III, caps. 11-12, pp. 168-213.

KRUGMAN, P.: *De vuelta a la economía de la gran depresión y la crisis del 2008*, Management, 2010 (Reedición del libro originalmente publicado en 1999 que contiene los artículos más importantes escritos por Krugman sobre economía).

LASH, S. y URRY, J.: *The End of Organised Capitalism*, Cambridge, Polity Press, 1987.

LEE, E.: *La crisis financiera asiática: el reto para la política social*, Ginebra, Oficina Internacional del Trabajo, 2000.

LUTTWAK, E.N.: “From Geopolitics to Geo-economics. Logic of War, Grammar of Commerce”, *The National Interest*, summer, 1990, pp.17-23.

MACDONALD, S.B. y GASTMANN, A.L.: “*Modern Credit Period*”, *A History of Credit and Power in the Western World*, New Jersey, Transaction Publishers, 2004, part 4, pp. 95-301.

MARICHAL, C.: *Nueva historia de las grandes crisis financieras: una perspectiva global: 1873-2008*, España, Debate, 2010.

MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L.: *Los límites del crecimiento*, F.C.E., México, 1973. Texto revisado dos décadas más tarde en MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L. y RANDERS, J.: *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País Aguilar, 1992.

NAVARRO, V.: *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 2000.

OCAMPO, J. A.: *Historia económica mundial y de España*, Oviedo, Ediuño, 2007.

OCAMPO, J. A.: “Impactos de la crisis financiera mundial”, CEPAL 97, Abril, 2009.

OHMAE, K.: *The End of the Nation-State. The Rise of Regional Economies*, Londres, Harper Collins, 1995.

PASINETTI, L.L. y SHEFOLD, B. (Eds): *The impact of Keynes on Economics in the 20th Century*, Edward Elgar, 1999.

PENG-KIN, Y.: *Lessons in corporate governance from the global financial crisis*, Australia, CCH, 2009.

POLLARD, S.: *La conquista pacífica. La industrialización de Europa (1760-1970)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1991.

REINHART, C. y ROGOFF, K.: *This Time Is Different: Eight Centuries of Financial Folly*, Princeton University Press, 2011.

RODRÍGUEZ BRAUN, C.: *Estado contra mercado*, Madrid, Taurus, 2000.

SAVONA, P., et. Alíi.: *Global Financial Crisis: Global Impact and Solutions*, UK, Ashgate, 2011. Part VII, pp. 229-295.

SOROS, G.: *La crisis del capitalismo global*, Madrid, Temas de Debate, 1999.

SOROS, G.: *Open Society: Reforming Global Capitalism*. New York, Public Affairs, 2001.

STIGLITZ, “El camino escabroso hacia la recuperación” en Tribuna, *El País*, 18/01/2009.

WALLERSTEIN, I.: *El futuro de la civilización capitalista*. Barcelona, Icaria, 1997.

WALLERSTEIN, I.: *Geopolítica y geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial*, Kairós, Barcelona, 2007.

WEB g20mexico.org.

WORLD BANK, INTERNATIONAL MONETARY FUND: “A history of the world debt. How public debt has changes since 1880”, *Finance & Development*, marzo 2011.

21 de febrero de 2012